

**DISCURSO DE RECEPCIÓN
POR EL ACADÉMICO DR. PEDRO J. FRÍAS**

La Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, más que especialistas asocia una familia de espíritus que con sus valores media entre la sociedad y el Estado para obtener legitimidad democrática, equidad social y eficacia histórica.

No es otra la vida del Dr. Gerardo Ancarola, a quien saludo complacido en nombre de la Academia.

Del "scholar" tiene la substancia: una tesis sobresaliente lo doctoró en derecho. Con Mario Justo López cultivó la ciencia política, fue su adjunto y su asociado en la Universidad del Salvador y ahora es Profesor de esa materia y de Filosofía del Derecho en la Universidad del Museo Social Argentino. López prologó su libro sobre Rodolfo Rivarola, con lo que ya se presentía la afinidad con nuestra Academia. Es Rivarola el patrono que he elegido en la Academia de Educación. Me ha atraído siempre ese intelectual; a veces distraído en la política, y digo así porque nunca fue político, ni siquiera cuando quiso fundar el partido unitario...

La disciplina de Ancarola como catedrático da a sus ensayos la nobleza del pensamiento maduro. Pero su inquietud social se liga a su perfil de hombre público para enlazar el saber y el hacer.

La vida pública ya se proyectaba en el Secretario de Asuntos Estudiantiles y en el Subsecretario Académico de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires en la década del 70, culminando como Fiscal de Estado y luego Ministro de Educación en la Provincia de Buenos Aires. Como a muchos, sus convicciones lo llevaron a la política, siempre

junto a Manuel V. Ordóñez. Lo que Ancarola significó para López y Ordóñez no es menos de lo que ambos significaron para Ancarola. López le dejó su cátedra y Ordóñez parte de su biblioteca política y su archivo de correspondencia. Esas dos insignes personalidades de nuestra Academia tuvieron una preferencia común por la democracia moderada, como una lucha autolimitada por la cultura política, de lo que el nuevo académico es cabal expresión.

El Dr. Ancarola ha sido testigo fiel y calificado de una cierta concepción de la sociedad y del Estado. No es difícil seguir su filiación. A pocos metros de este Salón está la biblioteca paradigmática de Ordóñez y son sus libros los mismos que hemos leído nosotros: Messmer para la ética social, Pío XII para la democracia, Max Weber en sociología, Tocqueville entre los clásicos políticos, Maritain para la filosofía política y social, el Código Social de Malinas para la organización, Guardini para la interpretación de nuestro tiempo y tantos otros.

Estas convicciones dominaron las opciones políticas del Dr. Ancarola; él les dio su prestancia, su humor vital, su arrojo, pero también su prudencia, su fidelidad al bien común, su desprecio por la manipulación, por el populismo, por las falsificaciones. La maledicencia suele ensañarse con los políticos, los profesionales y un poco menos con los periodistas: pero de ellos suele decirse que su noble tarea consiste en separar el trigo de la cizaña... y difundir la cizaña. Ancarola estuvo siempre por arriba de toda sospecha...

Porque el servicio se va especificando en cada uno de nosotros. Ancarola hace ahora periodismo. Un periodismo de valores encarnados en la vida emotiva de la gente, es decir el *ethos*, porque sabe que la sociedad es la interacción de las conductas. Según cada uno practique su libertad, su propiedad, el trabajo y la solidaridad, así es la sociedad. Es un observador agudo que alimenta una prosa rica en inflexiones, sugestiva pero asertiva, como un docente que gusta enseñar y ser enseñado. Tiene una digna tribuna, celosa de la libertad, pero responsable de su libertad, en la que fue editorialista como nuestro Emilio Hardoy, y ahora director de editoriales. Tengo mi propio método para descubrir su autoría en los editoriales. Si el tema roza lo público y compromete la moral social, si admite generalización y no perturba la honra, si el raciocinio es clásico pero el lenguaje contemporáneo: es probable entonces que sea de Ancarola.

Las disciplinas morales y políticas son dialógicas. Necesitan de todos los medios de expresión, y desde luego el periodismo. No nos conviene un lector distraído porque a veces los temas son arduos. Debemos escribir sin complacencia, resguardar la nobleza del asunto, no mutilar el pasado pero sí despejar el futuro. Ancarola ejerce esa divulgación con discernimiento, a veces como un reproche, otras como una advertencia, pero siempre como una opción más humana. Por eso no le tienta la insignificancia de la pequeña historia y presta a la política la dignidad a que no debe renunciar.

Sé que escuchar al Dr. Ancarola será revivir parte de la historia de nuestra Academia a través de vidas consustanciadas con las ciencias políticas y morales. Que nos sirvan de inspiración para estos tiempos confusos que preparan, sin embargo, renovadas caras del Poder, de las relaciones sociales y de los proyectos de la comunidad.